

PREGÓN DE SEMANA SANTA 2019

Francisco José Fuentes Rodríguez

PRESENTACIÓN A CARGO DE D. JOSÉ A. DE LA YEZA CHICO.

*Parroquia de San Isidro Labrador.
Villa de Los Barrios, 7 de abril de. 2019*

PREGÓN DE SEMANA SANTA 2019

*Marcha “Amarguras”.Banda de música, de la Asociación Cultural
Banda de Música “Maestro Infantes”.*

Reverendo Sr. Párroco, de la de San Isidro;
Iltmo. Sr. Alcalde-Presidente del Excmo. Ayuntamiento de la Villa de Los Barrios.
Sr. Presidente del Consejo Local de HH y CC;
Sres. Hermanos y Sras. Hermanas Mayores de las HH y CC de Los Barrios, Palmones y Los Cortijillos;
Sres y Sras. Miembros de la Permanente del Consejo;
Sres y Sras. Miembros de la Excm. Corporación Municipal;
Asociación Cultural Banda de Música “Maestro Infantes”.
Cofrades, Hermanos y Hermanas, amigos todos;

Buenas tardes:

Quisiera empezar este acto, con palabras de sincero y profundo agradecimiento. En primer lugar, a Nono de la Yeza, querido maestro, amigo y podría decir mi hermano mayor, él ha sido, junto a Afriquita, porque son todo uno, modelo a seguir en muchas facetas de la vida, sus amables y sin duda exageradas palabras sobre mi persona en su presentación, son consecuencia de la profunda amistad que nos une desde hace ya muchos años; quisiera también, agradecer profundamente al Padre Yelman, por su dirección espiritual y amistad, Dios pone pastores al frente de su rebaño para que no se le pierda ninguno de los que se les dio; de igual manera, mostrar mi agradecimiento a mi querido amigo José Luis, Presidente del Consejo Local de HH y CC de la Villa, y con él, a todos los Hermanos y Hermanas Mayores que lo forman , y a su Junta Permanente,

por haber confiado en mí como pregonero de esta Semana Santa 2019; espero no defraudar con mis humildes palabras; con la ayuda de Dios espero, que el orgullo que siento como hijo de Los Barrios, por el gran honor que me habéis concedido, pueda vencer el temor que me inunda por la gran responsabilidad que implica dirigirme a vosotros y anunciar la Semana más importante para los Cristianos, en la que conmemoramos la pasión, muerte y resurrección de nuestro Salvador.

Llegados aquí, me van a permitir también, que tenga palabras de emocionado recuerdo y gratitud para mis padres, ellos han sido pilares fundamentales y referencia continua en mi vida; gracias a su amor, sacrificio, dedicación y ejemplo, soy lo que soy; sé que están en presencia del Padre, desde allí, les pido su bendición y ayuda en este trance, como hicieron conmigo y mi hermana durante toda su vida; Finalmente y no por ello menos importante, quiero agradecer a María del Mar, mi esposa y compañera en un proyecto de vida que empezamos juntos hace ya más de veinticinco años, ella es el amor de mi vida, ella ha sido y es, soporte en lo personal y el centro del don más hermoso que Dios nos ha podido dar, que es nuestra familia junto con nuestros hijos, Pablo y Marta; por todo eso doy gracias a Dios y puedo decir como el Salmista:

“¡Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos!

Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien.

Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa.

Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.

Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén,
todos los días de tu vida;
que veas a los hijos de tus hijos.”(Pausa)

Los que me conocen bien saben que no soy un cofrade al uso, por eso desde que mi querido amigo José Luis me planteó la posibilidad de proponerme como Pregonero, me animaba a pensarlo, y me pedía que le diera una respuesta, pero que contaba con que aceptaría, estuve tentado de rechazar, como había hecho anteriormente a petición de mi estimada amiga Santi, que también me lo propuso; ahora le pido disculpas por no aceptar, en aquel momento pasaba por circunstancias difíciles, pero antes y ahora, la excusa era una poderosa razón: no creía que pudiera decir nada que mereciera vuestra atención o que estuviera minimamente a la altura de mis predecesores. En un segundo momento, consciente del honor que suponía poder pregonar en mi pueblo con ocasión de unas fechas tan señaladas, me hicieron pensar, si sería capaz; después, escuchando a unos y a otros, amigos todos, interesados amablemente e intentando ayudarme con sabios consejos, me persuadieron de que no debía estar preocupado, ya que cada pregonero, me decían, hace su pregón. Esto que parece una cuestión sin importancia, me dio el empujón final, el ánimo y atrevimiento suficiente para estar hoy aquí, ante vosotros, ¡Sea lo que Dios quiera!

Pero ya os he dicho, no me puedo considerar cofrade, o al menos lo que se espera de ellos, y por tanto no puedo dirigirme a vosotros desde vuestra experiencia, no desde dentro, pero sí que me voy a atrever a intentar hacerlo desde mi experiencia de vida Cristiana, y en todo caso podríamos decir, como “observador participante”.

Lo que, en todo caso quisiera es que mi Pregón fuera sincero, nacido del corazón, que exprese lo que las Hermandades y Cofradías me han aportado como creyente, y como su cercanía me ha ayudado a profundizar en la fe, a afianzarla en momentos de crisis, y a no perderla, siendo un cordón invisible cuando en algunas circunstancias en que te pone la vida surgen las dudas; y también lo que las Hermandades, Cofradías y demás grupos podemos aportar a este cuerpo único que es la iglesia, pues, pienso que los que formamos parte de estos, como cristianos de base, como laicos, tenemos un papel muy importante, ya que como dice la Constitución Dogmática “Lumen Gentium”, sobre la Iglesia, los laicos están llamados, “particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos. Así, pues, todo laico, por los mismos dones que le han sido conferidos, se convierte en testigo e instrumento vivo, a la vez, de la misión de la misma Iglesia "en la medida del don de Cristo" (Ef 4,7).

Así pues, desearía que este pregón fuera una confesión a corazón abierto, una verdadera profesión de fe, y por eso me encomiendo a Ntra. Sra. del Rosario, Madre y Patrona, para que con su intercesión haga que mi voz no desfallezca y pueda pregonar lo que mi corazón siente, y como tampoco puedo decir se sea poeta, permitidme que como oración dirigida a ella, recurra a lo que Gerardo Diego, insigne poeta, ferviente creyente, dedicó a la Virgen María, en su obra “Vía Crucis”:

Dame tu mano, María,
la de las tocas moradas.
Clávame tus siete espadas
en esta carne baldía.
Quiero ir contigo en la impía
tarde negra y amarilla.
Aquí en mi torpe mejilla
quiero ver si se retrata
esa lividez de plata,
esa lágrima que brilla.
Déjame que te restañe
ese llanto cristalino,
y a la vera del camino
permite que te acompañe.
Deja que en lágrimas bañe
la orla negra de tu manto
a los pies del árbol santo
donde tu fruto se mustia.
Capitana de la angustia:
no quiero que sufras tanto.
Qué lejos, Madre, la cuna
y tus gozos de Belén:
- No, mi Niño. No, no hay quien
de mis brazos te desuna.
Y rayos tibios de luna
entre las pajas de miel
le acariciaban la piel
sin despertarle. Qué larga
es la distancia y qué amarga
de Jesús muerto a Emmanuel.

¿Dónde está ya el mediodía
luminoso en que Gabriel
desde el marco del dintel
te saludó: -Ave, María?
Virgen ya de la agonía,
tu Hijo es el que cruza ahí.
Déjame hacer junto a ti
ese agosto itinerario.
Para ir al monte Calvario,
cítame en Getsemaní.

A ti, doncella graciosa,
hoy maestra de dolores,
playa de los pecadores,
nido en que el alma reposa.
A ti, ofrezco, pulcra rosa,
las jornadas de esta vía.
A ti, Madre, a quien quería
cumplir mi humilde promesa.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María.

Marcha dedicada a la Virgen María, “ESPERANZA CORONADA. Banda de Música de la Asociación Cultural Banda de Música “Maestro Infantes”).

Desde hace tiempo estoy vinculado a las Hermandades y Cofradías de nuestro pueblo de una forma u otra, a mi querida Hermandad de Ntro. Padre Jesús Nazareno y Ntra. Sra. de los Dolores, que este año celebra su 75 aniversario fundacional me une el pertenecer a ella como hermano desde hace muchos años, y que, en una época en la que me encontraba un poco alejado de la fe, fui costalero de su titular, nuestro Padre Jesús Nazareno; a la Venerable Hermandad del Cristo de la Buena Muerte, Ntra Sra. del Mayor Dolor y San Francisco de Asís, me une el formar parte de su nómina de hermano así como profundos lazos de amistad con muchos de sus miembros; a La Cofradía de Ntro. Padre Jesús Cautivo “Medinaceli”, y María Santísima de la Paz, de la que forman parte como

Hermanos mi esposa y mis hijos y me unen por tanto vínculos familiares y de amistad desde sus comienzos allá por los años ochenta; a mis queridos “Borriquitos”, joven Cofradía de Ntro. Padre Jesús en su Entrada Triunfal en Jerusalén y María Santísima de la Estrella, a ella me unen entrañables lazos de amistad y un recuerdo imborrable de haber hecho la primera levanta en la Semana Santa de 2015, con motivo de la celebración de la bendición y llegada de la imagen de Ntra Sra. del Rosario a Los Barrios; a las Hermandades del Carmen de Palmones y San Juan Bautista de Los Cortijillos, con las que, como hermandades de Gloria he mantenido una relación cordial y entrañable, y como no, a mi Hermandad de San Isidro y Ntra Sra. del Rosario, de la que formó parte mi padre desde su refundación allá por el año 1964, y de cuya Junta de Gobierno he formado parte y últimamente he sido Hermano Mayor, por lo cual me he sentido muy honrado. Pero todo ello no desmiente para nada lo que he empezado diciendo, no puedo considerarme cofrade, pues solo desde una cierta distancia he participado de la vida mas íntima de las hermandades y Cofradías, dejando a salvo, como es obvio, en lo que se refiere a la Hermandad de San Isidro, pero quizá de una forma diferente, al ser una Hermandad de las denominadas de Gloria, y por eso, he podido, en esa distancia, no solo conocerlos, sino que hacen que hoy pueda pregonar ante vosotros unos Misterios que, con toda seguridad, conocéis y vivís con mayor intensidad, o al menos con una mayor responsabilidad frente al resto del pueblo, creyentes y no creyentes.

Como he dicho, creo que os conozco, se de vuestros desvelos, de vuestras preocupaciones y sobre todo se de la Fe que tenéis en Jesús y su Santísima Madre en sus distintas advocaciones; por eso, me vais a permitir que os recuerde lo que el Papa Francisco en la Homilía dirigida al movimiento cofrade mundial congregado en Roma el 5 de mayo de 2013, con ocasión de la Jornada de las Cofradías y de la Piedad Popular, os dijo: **“sois un tesoro que tiene la iglesia”**, y nos recomendaba: Autenticidad evangélica, eclesialidad y ardor misionero; **Autenticidad evangélica**, en el sentido de que el punto de partida y el fin al que todo debe conducir es : amar a Dios, ser discípulo de Cristo viviendo el Evangelio; **eclesialidad**, en este sentido el Papa nos recordó que: ya “En la Iglesia naciente fue necesario inmediatamente discernir lo que era esencial para ser cristianos, para seguir a Cristo, y lo que no lo era. Los Apóstoles y los ancianos tuvieron una reunión importante en Jerusalén, un primer concilio, sobre este tema, a causa de los problemas que había surgido después de que el Evangelio hubiera sido predicado a los gentiles, a los no judíos. Fue una ocasión

providencial para comprender mejor que es lo esencial, a saber, creer en Jesucristo, muerto y resucitado por nuestros pecados, y amarse unos a otros como Él nos ha amado”, y añadió “pero las dificultades no se superaron fuera, sino dentro de la iglesia”, por eso nos invita a “ser una presencia activa en la comunidad”; y finalmente **ardor misionero**, y nos dice, “cuando lleváis en procesión el Crucifijo con tanta veneración y tanto amor al Señor, no hacéis únicamente un gesto externo; indicáis la centralidad del Misterio Pascual del Señor, de su pasión, muerte y resurrección, que nos ha redimido; e indicáis, primero a vosotros mismos y también a la comunidad, que es necesario seguir a Cristo en el camino concreto de la vida para que nos transforme.” y por eso nos pide que seamos “misioneros del amor y de la ternura de Dios, misioneros de la misericordia de Dios, que siempre nos perdona, nos espera siempre y nos ama tanto”.

Esta preciosa y profunda enseñanza que el Papa nos dirige a las Hermandades, como manifestación de la piedad popular, pienso que puede ser aplicable a cualquier otro grupo que forma nuestra comunidad parroquial, es mas, a cada uno de nosotros como cristianos como ya he dicho, por ello quisiera plantearos, con todo el respeto, que la veamos desde otra perspectiva que nos plantean los Documentos del Concilio Vaticano II, en especial la Constitución Dogmática “*Gaudium et Spes*”, sobre la Iglesia en el mundo, esto es, desde el punto de vista del **“prudente y sincero diálogo”**, “reconociendo que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que vivimos en común” (N 21) . En este sentido, el Papa Francisco, nos da un magnífico ejemplo al comienzo de su pontificado en el año 2013, en una carta dirigida al director del diario “La República”, Eugenio Scalfari, un famoso periodista conocido por su posición anti clerical, nos recuerda que la Encíclica “*Lumen Fidei*”, que su antecesor Benedicto XVI, concibió y escribió en gran parte, y él heredó, se dirige no solo a confirmar en la fe en Jesucristo a aquellos que en aquella ya se reconocen, sino también para despertar **un diálogo sincero y riguroso con los que se definen, le dice, como ud. lo hace “un no creyente por muchos años, interesado y fascinado por la predicación de Jesús de Nazaret”**, y le cita una afirmación que en opinión del propio Papa es muy importante de dicha Encíclica, que dice: “está claro que la fe no es intransigente, sino que crece en la convivencia que respeta al otro. El creyente no es arrogante; por el contrario, la verdad lo hace humilde, consciente de que, más que poseerla nosotros, es ella la que nos abraza y nos posee. Lejos de

ponernos rígidos, la seguridad de la fe nos pone en camino, y hace posible el testimonio y el diálogo con todos" (n. 34). En este sentido el Papa Francisco, algunos años mas tarde, vuelve al insistir, y así, en su discurso al recibir el premio Internacional Carlomagno en 2016, señaló a **“la cultura del dialogo como el camino maestro para la existencia pacífica del hombre”**, pero también nos advierte que dialogar con los que piensan como tu no es un diálogo real.

En este sentido, quisiera llamar vuestra atención especialmente sobre este tema, y la responsabilidad que tenemos como creyentes, en fomentar ese diálogo, y me gustaría que consideremos nuestra participación en los Misterios Pascuales, y en las estaciones de penitencia, en las que procesionaremos a Ntro. Sr. Jesucristo y su Santísima Madre por las calle de nuestro pueblo, como una forma de diálogo, no con los que ya piensan y creen como nosotros, sino con los otros, creyentes y no creyentes, y en este sentido recordar los que nos dice el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica “Evangelii Gaudium”: “Mas que el temor a equivocarnos espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos da una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en la costumbre donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: ¡Dadles vosotros de comer! (Mc 6, 37) (Pausa)

Domingo de palmas y ramos, al que no estrena se le cortan las manos.

Así recuerdo yo que le dicen en nuestro pueblo los padres a los niños, o al menos lo hacían, indicando que la gente sencilla siempre consideró el domingo de Ramos como un día alegre y religiosamente, muy significativo. Es el primer día de la semana grande, de la Semana Santa. En la Triunfal entrada a Jerusalén, Jesús va a la cabeza, no se esconde aún sabiendo que el viernes santo está cerca y que será abofeteado, sometido a burlas, incompreensión o escarnio. En el domingo, su rostro es halagado por palmas y ramos pero, no se echó atrás. Después de haber salido a buscar al otro, al distinto, al enfermo, al impuro, al pecador, al extranjero, hoy entra triunfalmente en Jerusalén, lleno de mansedumbre, subido en un humilde pollino, y pondrá a los suyos frente al espejo, ya lo dijo la profecía de Simeón, será el "signo de contradicción", destinado a encontrar una dura oposición en sus contemporáneos. ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía! (Mt 24,37).

Pero hoy, todo es alegría, júbilo y cánticos, nos ponemos nuestras mejores ropas, vestimos a nuestros niños de nazarenos con túnicas de alegres colores azul y blanco, pero en nuestro diálogo con los otros, que decimos? ¿Que nos dicen ellos? Aquí los otros pueden ser aquellos niños, hijos de la guerra, el hambre y la desesperación, que mueren en las orillas, en las orillas del mundo, en las orillas de la sociedad, cerca o lejos; podríamos contarles que la alegría de estrenar de antes era por que no había otras posibilidades y la mejor ocasión era el comienzo de la semana santa y que en algunas ocasiones también nosotros tuvimos necesidades, materiales y espirituales, o incluso que todavía las tenemos; les podíamos contar que nuestros hijos son como ellos, solo que han tenido la suerte de no haber nacido “carne de yugo”, como decía el poeta, pero es mas, les podemos decir, en ese diálogo del que hemos hablado, que Jesús, el humilde, el servidor, el que este domingo de júbilo ponemos en la calle, del que nos decimos seguidores, nos obliga a estar pendientes de sus necesidades, de compartir con ellos, no lo que nos sobra, sino lo poco o mucho que tenemos; que nos negamos a un dialogo de sordos, solo para nosotros, para los que ya estamos a este lado, los que hablamos el mismo idioma y tenemos las mismas costumbres y la misma fe.

El Domingo de Ramos, la alegría, hace que se sacudan palmas al viento. En la tarde de Viernes Santo, las voces enmudecerán por cobardía. La cruz

se alzará en la más absoluta soledad. ¿Servirán de algo nuestros ramos bendecidos? ¿Sonarán a sinceros nuestros cánticos jubilosos? Pienso que, si Jesús, se aventuró a dar estos pasos finales que le llevaron a la muerte, fue porque así lo creía: era paso previo y obligado para cumplir su misión. Cumplamos nosotros con la nuestra, entablemos ese dialogo sincero con el prójimo, no tengamos temor, digamos con fuerza que estamos aquí, que Jesús en su triunfal entrada en Jerusalén abre nuestro camino hacia la Pascua, que Jesús puede dar agua todavía y que nosotros somos sus aguadores.

Con Cristo, en este domingo de ramos, iniciamos una impresionante peregrinación. Vamos con Él y, además, lo hacemos siguiendo sus indicaciones. El Señor quiere celebrar la Pascua ¿por qué no vivirla, como si fuera la primera vez? ¿Por qué no vivir intensamente cada gesto y cada oración, cada palabra y cada silencio?. Pero sobre todo, **¿porque no nos pararnos a escuchar lo que nuestro prójimo nos esta gritando y nos resistimos a oír?**

Amaros los unos a los otros como yo os he amado.

Martes santo, Cristo oscuro, noche oscura, noche fría en los soportales de las 200 viviendas que me recuerda aquel Vía Crucis, que de niño, siendo monaguillo recorría las calles de Los Barrios; hoy es el AMOR quien nos convoca.

Siempre me impresionó este Vía Crucis por su sobriedad, aunque es obra de la colaboración de muchas personas, aquí no hay grandes fastos, sólo Cristo y una muchedumbre que lo sigue, diversa, nadie se distingue; Jesús tampoco hizo distinciones entre personas, como nos dice San Pablo en su carta a los Gálatas, “ Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”, pero es mas, no hay un orden ni protocolo aparente, solo personas que caminan juntas, codo con codo, muchas veces nos apretujamos otras veces nos alejamos, pero parece que no hay vacío, quizás sea el AMOR el que nos da esa sensación de unidad sin darnos cuenta, porque, como nos dice el Papa Francisco, “Sólo el amor llena los vacíos, los abismos negativos que el mal abre en el corazón y en la historia. Sólo el amor puede hacer esto. Y ésta es la alegría de Dios”.

Por este motivo, me gustan estas noches de martes santo, en esa cercanía y desde desde el punto de vista que os he planteado, del diálogo, aunque sea en silencio, me gustaría creer que vamos hablando con nuestro prójimo, con el que va a nuestro lado, que le decimos que estamos dispuestos a compartir su dolor, su preocupación, que caminando y orando juntos nos sentimos solidarios con sus necesidades espirituales y materiales; que quizás, en ese caminar juntos, podamos encontrar soluciones a muchos problemas que sufre nuestra sociedad. Que “Los gozos, y las esperanzas, las tristezas y angustias de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez los gozos, y las esperanzas, las tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”(Gaudium et Spes N1).

Esta creo, que como sus seguidores, debería ser nuestra propuesta.

Marcha “A la Gloria” .Banda de música, de la Asociación Cultural Banda de Música “Maestro Infantes”.

No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y se os perdonará» (Lucas 6,37).

Miércoles Santo, Él está ahí, con esa seriedad, impasible, parece distante, y sin embargo, cuando lo miras en el misterio de Jesús Cautivo, “Medinaceli”, **sólo se dirige a mi, sólo me mira a mi, sólo me habla a mi**, y solo veo **PERDÓN**. ¡Él es manantial de vida y fuente de perdón!, Él se ha puesto en nuestro lugar y se ha dejado maniatar para concedernos la libertad, y que hago yo?

Aprender a perdonar, a disculpar los defectos y errores de los demás es una tarea ardua y difícil; aunque Jesús nos dice, “quien de entre vosotros tenga la conciencia libre de pecado, arroje la primera piedra” (Jn, 8,7), con cuanta facilidad nos perdonamos a nosotros mismos y que poca misericordia tenemos con los demás. Siempre es el otro el que con razón o sin razón es el chivo expiatorio, el responsable de nuestros problemas, de los males personales o sociales que sufrimos, y si no es de los nuestros, con mas facilidad le responsabilizamos de todo, aunque la doctrina de la Iglesia nos dice que “Quienes sienten u obran de modo distinto al nuestro en materia social, política e incluso religiosa, deben ser también objeto de nuestro respeto y amor” y que “Cuanto mas humana y caritativa sea nuestra comprensión íntima de su manera de sentir, mayor será la facilidad para establecer con ellos el diálogo” (Gaudium et Spes n28). Sólo la caridad es capaz de un servicio de tal magnitud, y eso es a lo que estamos obligados los cristianos, a decir a nuestros semejantes, sin hacer acepción de personas, como Él no las hace con nosotros, que “Dios es el único Juez del corazón humano y por ello nos prohíbe juzgar la culpabilidad interna de los demás”(G. Et Spes n28).

Sin embargo, muchas veces no es esa nuestra actitud, y aunque, como nos dice el Papa Francisco, y vemos contemplando al Cautivo, “Jesús es todo misericordia, Jesús es todo amor: es Dios hecho hombre” y que “Cada uno de nosotros, es esa oveja perdida, esa moneda perdida, cada uno de nosotros es ese hijo que ha desperdiciado su propia libertad siguiendo ídolos falsos, espejismos de felicidad, y ha perdido todo.”, nosotros, en cambio, con nuestro corazón de piedra no somos capaces de la misericordia ni el perdón.

¡Oh Jesús de Medinaceli, liberame, liberanos de este cautiverio, enséñanos como dice San Agustín a que «Los creyentes se fortalecen creyendo como el amor crece amando».

Pero nosotros, en nuestra intransigencia, que decimos al mundo, ¿que no es posible poner en práctica el Evangelio? ¿que tenemos que ser jueces implacables de lo que está bien y está mal? ¿Que nosotros que imploramos la misericordia y el perdón por nuestros malos actos, condenamos todo aquellos que no compartimos y por ello nos ofende?. No, pienso que no es eso lo que Jesús, con su actitud humilde nos muestra, antes al contrario. Cuando Pedro le pregunta “Señor, ¿Cuántas veces tengo que perdonar a mi hermano, si es que me ofende? ¿Hasta siete veces acaso? Él responde, “no hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete”, por eso, no seamos cautivos de nosotros mismos, de nuestros egoísmos; no es necesario juzgar para seguir sus pasos, todo lo contrario, el nos pide el perdón, ese que nosotros le pedimos a Él y nos da a manos llenas, porque Dios respeta nuestra libertad.

Sin embargo, ¿porque esta llamada de Jesús no parece que alcance a calar con profundidad en nuestros corazones,? ¿porque estamos al acecho de la mas mínima falta de nuestro prójimo?, ¿no será para no tener que enfrentarme con nuestros propios problemas?. Las miles de faltas que le encuentro al prójimo tampoco prueban que valgo más que él. La severidad de mi juicio quizás no haga más que esconder mi propia inseguridad, mi miedo a ser juzgado. Pero nosotros estamos tentados de ser jueces, siempre tenemos una buena razón para juzgar a nuestro prójimo: es por su bien, para que aprenda, para que progrese, por que se equivoca., sin embargo el ejemplo del cautivo es otro, se humilla y perdona; como nos dice San Pablo en su carta a los filipenses “No hagáis nada por espíritu de rivalidad ni por vanagloria, sino con humildad de corazón tened a los demás por superiores a vosotros” (Filipenses 2,3); y con esta actitud, veamos la realidad como es, pongámonos en el lugar del otro, no vaya a ser que lo juzguemos por algún daño imaginario que nunca ha cometido, y si nos ofendió perdonemos setenta veces siete. Esto no es ser indiferente, no es ser débil, sino que es una condición para una actividad y comportamientos justos, es seguir a Cristo; y si nos injurian, tengamos en cuenta que, el precepto del amor se extiende a todos los enemigos, porque Jesús nos dio “el mandamiento de la Nueva Ley” y nos dijo, ”Habéis oído que se dijo: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo, pero yo os digo: amad a vuestro enemigo, haced el bien a los que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian” (Mt 5, 43-44). , y en todo caso como nos dice San Pablo: «Dejemos de juzgarnos mutuamente. Procurad más bien no provocar el tropiezo o la caída del hermano» (Romanos 14,13), y practiquemos “la mayor moderación en el juicio”, al mismo tiempo,

preocupémonos por los demás: «A los insumisos amonestadlos, a los deprimidos animadlos, a los débiles socorredlos, y con todos sed pacientes» (1 Tesalonicenses 5,14).

Jesús sentenciado a muerte.
No bastan sudor, desvelo,
cáliz, corona, flagelo,
todo un pueblo a escarnecerte.
Condenan tu cuerpo inerte,
manso Jesús de mi olvido,
a que, abierto y exprimido,
derrame toda su esencia.
Y a tan cobarde sentencia
prestas en silencio oído.

Y soy yo mismo quien dicto
esa sentencia villana.
De mis propios labios mana
ese negro veredicto.
Yo me declaro convicto.
Yo te negué con Simón.
Te vendí y te hice traición,
con Pilatos y con Judas.
Y aún mis culpas desanudas
y me brindas el perdón.

Que tome su cruz y me siga.

Jueves Santo. Recuerdo de niño, después de los oficios, salir de la iglesia y correr hasta la casa de mi tía Maruja en la calle de la Plata, donde había un puesto en el que, ente otras cosas, vendía manzanas cubiertas de caramelo; en la televisión con un único canal, se veían aquellas procesiones castellanas, tan sobrias, tan distintas a las nuestras; luego mas tarde, con mi primo Antonio, el de mi tía María catorce, nos preparábamos para llevar sobre nuestros hombros a Jesús Nazareno. Éramos todavía muy jóvenes, por amistad y compañerismos, ante la falta de cargadores, empezamos a llevarlo a Él; casi no llegábamos a los varales, al menos yo, pero mezclados con hombre mas mayores, mas hechos, compartíamos solidariamente la carga. Al poco tiempo, ya en Sevilla estudiando y puedo decir que no en mis mejores momento de fe, seguía repitiendo el mismo ritual, y por Semana Santa, volvía a casa, y con mis amigos volvía a cargar sobre mis hombros la imagen de Jesús llevando su Cruz y ayudado por el “Cirineo”.

Siempre pensé, que ser cargador era una forma de serlo, que de alguna manera nosotros también ayudábamos a Jesús, y en cierto modo puede que sea así, ahora soy consciente de lo importantes que son los cargadores y costaleros para nuestra Semana Santa, pero solo con el tiempo creo haber entendido que significa ser “Cirineo”.

Cuentan los Evangelios, que el Cirineo era un hombre del campo, que llegó aquella mañana a Jerusalén de labrar la tierra que estaba a su cargo. Y dicen que se llamaba Simón y era padre de dos hijos llamados Alejandro y Rufo. Simón pasó a la historia mayormente conocido por su gentilicio, ya que su procedencia era extranjera, de Libia, y su ciudad natal, la histórica Cirene, que había sido fundada por los griegos 630 años antes del nacimiento de Cristo; su figura moverá a la piedad de muchas personas que ven en él un ejemplo a seguir, y representa a la persona que encarnará la ayuda a todo aquel necesitado en cualquier situación de la vida cotidiana. Hoy pienso, que hay dos aspectos importantes a destacar de este personaje; por un lado que era un hombre corriente, trabajador, casado y con hijos, y en segundo lugar que era extranjero en la gran Jerusalén, lejos de su tierra de origen, aunque proviniera de una un país y una ciudad antigua e importante. ¡Que simbolismo! que imagen para hacernos pensar y plantearnos una forma distinta de dialogar con los otros; que metáfora tan potente encierra hoy en día esa imagen del misterio de Jesús cargando

con la Cruz ayudado por un extranjero. ¿Como vemos a esas personas que buscando un futuro mejor para sus hijos, dejan sus países jugándose la vida, abandonando todo y solo con sus manos, llegan a otras ciudades y pueblos, como si de Jerusalén se tratara? ¿Que son para nosotros?, ¿Cargan ellos su Cruz, o nos ayudan a nosotros con las nuestras? ¿No fue, el propio Jesús un peregrino, un emigrante o un refugiado?, ¿No es esa la propia historia del Israel? ¿No es el extranjero, junto a las viudas y los impuros, los que Jesús elige para poner como ejemplo de como debemos ser sus discípulos? Por que, no lo olvidemos, fue un extranjero, Simón, el de Cirene, quien llevó la Cruz con Jesús, mientras tanto, es otro Simón, Pedro, el discípulo, el que renegó de Él. Creo que debemos repensar desde nuestra fe, como debemos ser nosotros verdaderos cirineos. En este sentido es el propio Jesús el que envió a sus discípulos de pueblo en pueblo, como peregrinos pobres que solicitan hospitalidad, y les dijo, “no toméis oro, ni plata, ni cobre en vuestras fajas; ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón. Donde lleguéis informaos quien hay allí digno, y quedaos allí hasta que salgáis”. De igual manera, el Pontificio Consejo de Migrantes e Itinerantes se expresa diciendo , “El cristiano contempla en el extranjero, mas que al prójimo, el rostro mismo de Cristo, nacido en el pesebre y que, como extranjero huye a Egipto, asumiendo y comprendiendo en sí mismo esta fundamental experiencia de su pueblo (Mt 2, 13ss). Nacido fuera de su tierra y procedente de fuera de la patria (Lc 2, 4-7), habitó entre nosotros (Jn 1, 11-14) y pasó su vida publica como itinerante, recorriendo pueblos y aldeas . Ya resucitado, pero todavía extranjero y desconocido, se apareció en el camino de Emaus (Lc 24, 35). Los Cristianos siguen, pues, las huellas de un viandante que “no tiene donde reclinar la cabeza” (Mt 8, 29; Lc 9, 58)

Por ello Jesús no invita a ser nosotros también extranjeros, a ser capaces de despojándonos del deseo de poseer y cargando nuestra Cruz, como le dijo al joven rico, seamos conscientes de que el injusto reparto de los bienes en el mundo y la desigualdad que genera, es la causa de los actuales procesos migratorios mundiales. Jesús nos invita aquí, contemplándolo en su caminar hasta el Gólgota, ayudado por un extranjero, a que sus seguidores adoptemos un talante similar, se trata de una invitación a vivir con sencillez, “ligeros de equipaje”, como diría el poeta, y a estar abiertos a quienes llegan a nosotros. Ser seguidor suyo “Nos pide desarrollar la acogida. No vivir con mentalidad de secta. No excluir ni excomulgar. Hacer nuestro el proyecto integrador e incluyente de Jesús. Derribar fronteras y construir puentes. Eliminar la discriminación”. (Jesús,

aproximación histórica. José A. Pagola). Como nos dice el Papa Francisco, “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.

Ya no es posible que siga
Jesús el arduo sendero.
Le rinde el plúmbeo madero.
Le acongoja la fatiga.
Mas la muchedumbre obliga
a que prosiga el cortejo.
Dure hasta el fin del festejo.
Y la muerte se detiene
ante Simón de Cirene,
que acude tardo y perplejo.

Pudiendo, Jesús, morir,
¿por qué apoyo solicitas?.
Sin duda es que necesitas
vivir aún para sufrir.
Yo también quise vivir,
vivir siempre, vivir fuerte.
Y grité: - Aléjate, muerte.
Ven Tú, Jesús cireneo.
Ayúdame, que en Ti creo
y aún es tiempo de ofenderte.

Consummatum est.

Vienes Santo. Ya está lejos aquel domingo de alegría, palmas y ramos; en la tarde de Viernes Santo, las voces han enmudecido. La cruz se alza en la más absoluta soledad. No se, quizás mis recuerdos de niño me traicionen, pero en mi memoria este día es casi siempre de un gris plomizo y viento. Aunque no llegué a ver el velo negro que cubría el altar, aun ahora me lo imagino, negro, como la tarde negra en que Jesús, el que era la luz y la vida, el que “pasó por el mundo haciendo el bien”, viendo que todo se había cumplido, inclinando la cabeza expiró; “las tinieblas cubrieron la tierra; el sol se oscureció”, nos dice el Evangelista Lucas, y así es la sensación que nos queda al terminar el oficio del viernes santo, nos vamos de la iglesia desorientados, casi sin saber que hacer, vacíos y tristes, me recuerda la escena que también nos describe San Lucas: “todos sus amigos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, permanecieron a distancia observándolo todo” (Lc 23, 49).

No puedo dejar de pensar, viendo pasar al misterio del Cristo de la buena muerte, todas esas veces que permanecemos en la distancia, esa que nos da tranquilidad; a cuantos Cristos del mundo hemos seguido durante toda la jornada, pero cobardemente nos hemos limitado a seguirlos, sin querer ser vistos, pasando inadvertidos, cobardemente callados, conscientes de la injusticia, pero con la tranquilidad cómplice que nos da pensar que no podemos hacer nada, que no está en nuestras manos, pensando quizá que son otros los que deben resolver los problemas de injusticia social y humanitaria que se dan delante de nosotros todos los días. Él murió por nosotros, por nuestros pecados, murió para que tuviéramos vida, pero nosotros permanecemos escondidos, distantes ante el mal del mundo, en nuestra tranquilidad, mientras el hermano, no el lejano y desconocido, sino el que está a nuestro lado, a veces en nuestra propia familia o grupo de amigos, está sufriendo.

La Doctrina Conciliar (Gaudium et Spes, N27), nos enseña , “el respeto al hombre, de forma que cada uno, sin excepción de nadie, debe considerar al prójimo como otro yo, cuidando en primer lugar de su vida y de los medios necesarios para vivirla dignamente, no sea que imitemos a aquel rico que se despreocupó por completo del pobre Lázaro”, y nos recuerda que “ urge la obligación de acercarnos a todos y de servirlos con eficacia cuando llegue el caso, ya se trate de ese anciano abandonado de todos, o de ese trabajador extranjero despreciado injustamente, o de ese desterrado, o

de ese hijo ilegítimo que debe aguantar sin razón el pecado que él no cometió, o de ese hambriento que recrimina nuestra conciencia recordando la palabra del Señor: *Cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis*. (Mt 25,40).”

Pero, no sólo esto, nos dice también que “Cuanto atenta contra la vida ; cuanto viola la integridad de la persona humana; cuanto ofende a la dignidad humana, como son las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; o las condiciones laborales degradantes, que reducen al operario al rango de mero instrumento de lucro, sin respeto a la libertad y a la responsabilidad de la persona humana: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador.”, y yo me pregunto, ¿donde estoy yo?, ¿observando en la distancia, por miedo a seguir a aquel que dio la vida por muchos, que con su ejemplo, nos muestra el camino ?, Cuando intentamos dialogar en este nuestro mundo, tan diverso, tan complejo, ¿porque nuestra actitud guarda tanta distancia entre lo que decimos y lo que hacemos?. Como señala la Gaudium et Spes, “ a pesar de los medios modernos, se agravan las grandes desigualdades y falla el diálogo genuino y fraternal entre países y personas”; y como ha dicho el Santo Padre, “los cambios tecnológicos y sociales ofrecen por igual preciosas oportunidades y grandes dificultades para la difusión y vivencia de la Buena Nueva” y por ello, nos dice que ,“Es deber de la Iglesia en el mundo pugnar porque se den las condiciones necesarias para la promoción de la dignidad humana y del bien común”, y la iglesia, conviene recordarlo, somos todos. Por eso, creo que debemos preguntarnos teniendo a la vista el misterio de Cristo Crucificado, ¿Qué tiene que decir hoy día la Iglesia sobre la persona?, ¿Qué piensa sobre un nuevo ordenamiento social?, ¿Qué tiene que decir a los pobres sobre sus carencias?, ¿Qué sugiere para que la empresa como motor de la economía se ajuste a criterios de justicia y caridad?, porque no lo olvidemos, estas son preguntas de actualidad, que debemos plantearnos desde de la enseñanza social de la Iglesia aplicada a los problemas de hoy día. Como nos dice el Santo Padre Francisco, “Así como el mandamiento de «no matar» pone un límite claro para asegurar el valor de la vida humana, hoy tenemos que decir «no a una economía de la exclusión y la inequidad». Esa economía mata. No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa. Eso es exclusión. No se puede tolerar

más que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre. Eso es inequidad. Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil”, y nos recuerda que “A veces sentimos la tentación de ser cristianos manteniendo una prudente distancia de las llagas del Señor. Pero Jesús quiere que toquemos la miseria humana, que toquemos la carne sufriente de los demás. Espera que renunciemos a buscar esos cobertizos personales o comunitarios que nos permiten mantenernos a distancia del nudo de la tormenta humana, para que aceptemos de verdad entrar en contacto con la existencia concreta de los otros y conozcamos la fuerza de la ternura. Cuando lo hacemos, la vida siempre se nos complica maravillosamente y vivimos la intensa experiencia de ser pueblo, la experiencia de pertenecer a un pueblo”, y no olvidemos que Él murió para que nosotros viviéramos, que lo dio todo por nosotros.

Al pie de la cruz María
llora con la Magdalena
y aquel a quien en la Cena
sobre todos prefería.
Ya palmo a palmo se enfría
el dócil torso entreabierto.
Ya pende el cadáver yerto
como de la rama el fruto.
Cúbrete, cielo, de luto
porque ya la Vida ha muerto.
Profundo misterio- El Hijo
del Hombre, el que era la Luz
y la Vida, muere en cruz,
en una cruz crucifijo.
Ya desde ahora te elijo
mi modelo en el estrecho
tránsito. Baja a mi lecho
el día que yo me muera,
y que mis manos de cera
te estrechen sobre mi pecho.

Estaba junto a la Cruz de Jesús su Madre.

Ahora recuerdo aquellas palabras del poeta, “Dame tu mano María, las de las tocas moradas”, y digo, dame tu mano “Estrella”, dame tu mano “Dolores”, dame tu mano “Paz”, dame tu mano “Mayor Dolor”, Clávame tus siete espadas, muéstrame el camino y acompáñame hasta el final de esta jornada, no me dejes fuera, llorando como la Magdalena al pie del sepulcro, y no permitas que busque entre los muertos al que vive.

Toda nuestra esperanza está en la Pascua, Pascua Florida, como le gustaba llamarla a mi padre, en la RESURRECCIÓN de Nuestro Sr. Jesucristo, Nuestro Salvador, centro de la vida cristiana, fundamento y clave de nuestra fe, ya que con su Resurrección es cuando adquiere sentido todo aquello en lo que creemos.

Hace años, yo no lo conocí, se procesionaba a Cristo Resucitado por las calles de nuestro pueblo, quizá fuera una buena manera de profesar públicamente nuestra fe y decir a todos que Cristo triunfó sobre la muerte y con esto nos abrió las puertas del Cielo.

Esto es un hecho singular en la historia y, al mismo tiempo un misterio de fe, como San Pablo nos dice: “Si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe” (I Corintios 15,14) .

La Resurrección es una luz para los hombres y cada cristiano debe irradiar esa misma luz a todos los hombres haciéndolos partícipes de la alegría de la Resurrección por medio de sus palabras, su testimonio y su trabajo apostólico, aunque, como nos dice el santo Padre Francisco, “ Hay cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua”, por eso nos enseña que “ La Resurrección es fuente de profunda alegría. A partir de ella, los cristianos no podemos vivir más con caras tristes. Debemos tener cara de resucitados, demostrar al mundo nuestra alegría porque Jesús ha vencido a la muerte”.

Su Santidad nos hace ver que, “El cristianismo nace de aquí. No es una ideología, no es un sistema filosófico, sino es un camino de fe que parte de un advenimiento, testimoniado por los primeros discípulos de Jesús”, que San Pablo resume de este modo: “Jesús murió por nuestros pecados, fue sepultado, resucitó al tercer día y se apareció a Pedro y a los Doce (Cfr. 1 Cor 15,3-5). Este es el hecho. Ha muerto, fue sepultado, ha resucitado, se ha aparecido. Es decir: Jesús está vivo”, y nos recalca que “ Este es, “el núcleo del mensaje cristiano. Aceptar que Cristo ha muerto, y ha muerto crucificado, no es un acto de fe, ese es un hecho histórico. En cambio,

creer que ha resucitado sí. Nuestra fe nace en la resurrección de Jesús, en la mañana de Pascua.”

Pero ¿en que se debe traducir para nosotros esa mañana de Pascua hoy día? Aunque las circunstancias varían en cada persona y tiempo, ¿Que significa para nosotros, los cristianos?; y sobre todo ¿que representa en nuestro trato con los demás?. Podemos decir, aunque estemos en nuestro sepulcro, como nos dice el Papa, todos tenemos uno, que desde él vemos como “Dios es capaz de resucitar de ahí” y decir al mundo “ Aquí hay felicidad, aquí hay alegría, vida, donde todos pensaban que había sólo tristeza, derrota y tinieblas”. Ser cristianos significa no partir de la muerte, sino del amor de Dios por nosotros, que ha derrotado a nuestra enemiga. Dios es más grande que la nada, y basta sólo una luz encendida para vencer la más oscura de las noches”, como dice San Pablo, evocando a los profetas: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?» (v. 55).

Por eso, en este y todos los días de Pascua que seguirán hasta Pentecostes, y en toda nuestra vida de cristianos, como nos dice el Papa “ llevemos este grito en el corazón.”, y si nos pregunta sobre “el porqué de nuestra sonrisa donada y de nuestro paciente compartir, entonces podremos responder que Jesús está todavía aquí, que continúa estando vivo entre nosotros, que Jesús está aquí con nosotros: vivo y resucitado.”

¡¡CRISTO VIVE!!

He dicho.



ANIVERSARIO DE LA TORRE 1769-2019
IGLESIA SAN ISIDRO LABRADOR LOS BARRIOS